

**FILOSOFIA, LETRAS, POESIA Y ARTE**

## REFLEXIONES SOBRE EL PROGRESO

por ALDOUS HUXLEY

El cambio evolutivo es considerado como progresivo cuando se opera en la dirección de incrementar su independencia y disminuir el control que sobre él ejerce el medio. Juzgada con este criterio la historia de la vida en nuestro planeta no ha sido desde ningún punto de vista uniformemente progresiva. Las formas primitivas han sobrevivido casi sin modificación alguna desde el alborear de esa historia hasta el presente. El hombre es contemporáneo de los organismos unicelulares, los cuales, a pesar de su casi total dependencia del medio, han logrado, relativamente, sobrevivir a sus rivales más progresistas. Algo más: muchos organismos han sufrido cambios progresivos durante un largo período de tiempo, sólo para regresar a un nuevo y especializado género de dependencia del medio, como parásitos de más avanzadas formas. Y finalmente, aun aquellas especies que han evolucionado más progresivamente, están todas, al presente, al final de callejones evolutivos ciegos, condenadas por su alto grado de especialización o a permanecer como están, o, si sufren una serie de considerables mutaciones, a morir, debido a su inhabilidad para adaptarse en sus nuevas formas al medio. Existen buenas razones para suponer que todas las más altas clases de animales existentes llevan una vida fósil, predestinada a sobrevivir sin mayores cambios, o si el cambio se opera, a extinguirse. Excepto para la especie humana el progreso evolutivo parece estar en su último fin.

El progreso biológico, como cualquier otro género de cambio evolutivo, se produce por medio de mutaciones cuyas consecuencias son hereditarias. El progreso humano puede considerarse todavía como producido en la misma forma, pero al menos den-

tro de los tiempos históricos, esto no ha sucedido así. Algo más: ya que la gran mayoría de mutaciones es perjudicial, parece improbable que los futuros cambios en los gérmenes contribuyan a mejorar la constitución de una especie que es el producto de un tan prolongado desarrollo evolutivo. (De aquí los enormes peligros inherentes al empleo, aún con propósitos pacíficos, de la disgregación nuclear. Las mutaciones pueden ser artificialmente producidas por un género de radiaciones asociadas a la disgregación nuclear y muchas de tales mutaciones son, como ya hemos visto, perjudiciales. Sería un lógico castigo para la presunción humana si el resultado final de sus esfuerzos para dominar la Naturaleza fuera la producción de una raza de imbéciles, de labios sellados, con seis dedos.) Si ha de operarse un progreso hereditario en la especie humana, se operaría poco más o menos en la misma forma de eliminación selectiva que ha mejorado las razas de los animales domésticos.

Sería perfectamente posible en un término de pocos siglos elevar el nivel medio de la inteligencia humana a un nivel infinitamente superior al del presente. Hasta qué punto este vasto experimento eugenésico podría llevarse a cabo, excepto bajo los auspicios de una dictadura mundial, y cómo, ya realizado, sus resultados serían socialmente deseables, son materias acerca de las cuales sólo podemos especular. Además, es digno de anotarse que las cualidades hereditarias de los más civilizados pueblos del mundo están probablemente deteriorándose. Esto lo prueba el hecho de que personas de físico débil y bajo nivel intelectual tienen mayores posibilidades de vivir en las modernas condiciones de vida, que las que tuvieron nunca sus semejantes, en las mucho más severas condiciones que prevalecieron en el pasado.

El progreso humano, dentro de los tiempos históricos, difiere del progreso biológico, en que es una materia no de herencia sino de tradición. Esta tradición oral y escrita ha servido como un vehículo por medio del cual excepcionales hazañas individuales han sido utilizadas por sus contemporáneos y sucesores, y los nuevos descubrimientos de una generación, al ser legados a la siguiente, vienen a ser historia antigua.

Muchos y muy variados criterios han sido usados para medir el progreso humano por medio de la tradición. En algunas ocasiones ha sido considerado como una continuación del progreso biológico —aunque más avanzado en control e independencia.— Juzgado de esta manera el progreso realizado en épocas recientes

por algunas secciones de la raza humana, ha sido muy grande. Aunque en verdad no ha sido tan grande como mucha gente se empeña en creer. Los terremotos todavía matan miles de seres humanos, las epidemias, millonés, mientras que las hambres, debidas a las sequías, a las inundaciones, a las plagas de insectos, a las enfermedades de las plantas, suavemente, penosamente, destruyen sus diez millones. Algo más: muchas de estas *conquistas de la Naturaleza*, estrepitosamente aclamadas en un momento, se tornan, pasados unos pocos años, en algo mucho menos espectacular de lo que en un principio se hubiera imaginado, y aun en ocasiones llegan a tomar el aspecto de una derrota. Consideremos, por ejemplo, el progreso conseguido en la más importante de todas las actividades humanas: la agricultura. Nuevos campos surgidos bajo el arado producen cosechas que permiten una expansión de la población. Y entonces, casi repentinamente, se convierten los campos en polvorientas hondonadas y peladas colinas. Nuevos productos químicos producidos para controlar los insectos y los virus empiezan a obrar en una forma casi milagrosa; pero sólo por el tiempo suficiente para que la mutación y la natural selección produzcan nuevas y resistentes estirpes de viejos enemigos. Los fertilizantes artificiales producen magníficas cosechas, al mismo tiempo que matan con su poder a los indispensables gusanos de la tierra; y en opinión de un crecido número de autoridades no se consigue, al cabo del tiempo, más que reducir la fertilidad del suelo y disminuir las cualidades nutritivas de las plantas que sobre él crecen. En nombre de la *eficiencia* perturbamos el delicado balance de la naturaleza; eliminando uno de los factores en el mosaico ecológico o añadiendo artificialmente algún otro, se puede conseguir el aumento de la producción, pero después de unos pocos años la airada naturaleza tomará su venganza en el más inesperado y desconcertante sentido. La lista podría continuar indefinidamente. Los seres humanos no son nunca tan inteligentes como ellos mismos se creen.

Pero no es adecuado emplear el criterio con el cual se mide el progreso biológico, cuando se trata de medir el progreso humano. El progreso biológico se considera como referente a la especie en su totalidad, mientras que, por el contrario, es imposible pensar realísticamente acerca del género humano sin considerar tanto al individuo como a la raza a la cual pertenece. Es fácil imaginar un estado de cosas en el cual la especie humana haya alcanzado un notable grado de progreso biológico, y que lo

haya conseguido, como los insectos sociales, las abejas o las hormigas lo han hecho, es decir, a expensas de los componentes individuales considerados como personalidades. Juzgado por un criterio específico típicamente humano, esta clase de progreso biológico sería el retroceso hacia un estado subhumano más bajo.

Si deseamos crear cánones con los cuales logre medirse el progreso humano, debemos tener en cuenta aquellos valores que en opinión de los individuos, hombres y mujeres, hacen la vida más digna de ser vivida. Y esto ha sido hecho por todos los teorizantes del progreso humano, desde el siglo XVII, cuando por primera vez empezó la idea a parecer plausible, hasta la época presente. Durante los siglos XVIII y XIX el progreso biológico se adaptó al progreso humano por medio de una doctrina preestablecida de armonía. Se consideró como casi obvio que el avance de los controles del hombre sobre su medio estaba inevitablemente acompañado por el correspondiente avance en la felicidad individual, lo mismo que en la moral social y personal, y en la calidad y cantidad de la actividad creadora, en las esferas del arte y de las ciencias. Aquellos de nosotros que somos lo suficientemente viejos para haber sido educados dentro de la tradición victoriana, podemos recordar (con una mezcla de diversión y melancolía) la básica e incontestada presunción de aquel consolador *weltanschauung*. Comte, Spencer y Buckle expresaron el asunto en un lenguaje abstracto y respetable, pero la clave de su credo era simplemente ésta: que la gente que usaba sombrero de copa y viajaba en ferrocarril era incapaz de hacer aquella clase de cosas que los turcos hicieron a los armenios o lo que nuestros antecesores europeos hicieron a otro cualquiera, en los malos días antiguos antes de la máquina de vapor. Hoy, después de dos guerras mundiales y tres revoluciones notables, sabemos que no hay necesariamente correlación entre la técnica avanzada y la avanzada moralidad. Muchos hombres primitivos, cuyo control sobre su medio es rudimentario, han encontrado la manera de ser felices, virtuosos y dentro de sus límites, creadores. Recíprocamente miembros de sociedades civilizadas, poseedores de todos los recursos técnicos para ejercer un considerable control sobre su medio, son a menudo conspicuamente desgraciados, desadaptados y estériles. Aunque la moral privada es tolerablemente buena, la conducta colectiva es salvaje casi hasta lo diabólico. En el campo de las relaciones internacionales la mayor diferencia existente entre los hombres del siglo XX y los antiguos asirios, es la

de que el primero posee métodos más eficientes para cometer atrocidades y es capaz de destruir, tiranizar y esclavizar en mayor escala.

La verdad es que todo el desarrollo de la habilidad humana para controlar el medio no puede hacer otra cosa distinta que modificar la situación en la cual, por medios distintos a los técnicos, individuos y grupos tratan de hacer un progreso específicamente humano en fuerza creadora, moral y felicidad. Así, el habitante de la ciudad, el trabajador de la fábrica, puede pertenecer, biológicamente hablando, a un grupo de mayor progreso que el de los campesinos. Pero a esta afirmación no se sigue que él encontrará una más grande facilidad para ser feliz, bueno y capaz de crear. El campesino se enfrenta a una serie de obstáculos y pruebas, el industrial a otra. El progreso técnico no termina con los obstáculos, tan sólo cambia su naturaleza. Y esto es verdad aun en lugares donde el progreso técnico afecta directamente la vida y las personas de los individuos. Por ejemplo, el saneamiento ha reducido en gran cantidad la incidencia de las enfermedades contagiosas, ha hecho descender el nivel de mortalidad infantil y ha alargado la duración del término medio de la vida. A primera vista, esta prueba del progreso técnico podría ser considerada al mismo tiempo como una prueba del progreso humano. Pero cuando miramos este asunto más detenidamente, descubrimos que aun aquí lo que ha pasado es que las condiciones para conseguir el progreso humano han sido cambiadas. Síntoma de este cambio es la reciente aparición de la geriatrics como una importante rama de la medicina, es la concesión de pensiones a los ancianos, es el cambio que se nota en el balance de las poblaciones de los países que tienen una baja natalidad, hacia un aumento en los grupos de mayor edad. Gracias al saneamiento, los viejos se hallan en un proceso por medio del cual llegarán a ser una minoría socialmente importante, y para esta importante minoría los problemas del progreso humano en la felicidad, la bondad y la fuerza creadora, son peculiarmente difíciles. Aun en el campo médico nunca el progreso técnico es igual al progreso humano. Porque aunque digamos que sería una buena cosa si la malaria pudiera ser abolida, sin embargo el solo hecho de mejorar la salud de las víctimas de esta enfermedad no sería, al fin y al cabo, otra cosa que el cambio de las condiciones en las cuales se ensayó el progreso humano. Los sanos no son necesariamente creadores,

buenos o aun felices ; tan sólo tienen la oportunidad de hacer mejor las cosas que los enfermos.

El avance técnico ha aumentado el control del hombre sobre su medio y el aumento de este control es hereditario en el sentido de que sus métodos son legados por la tradición de generación en generación. Pero como hemos visto, este equivalente del progreso biológico no puede por sí mismo constituir el específicamente llamado progreso humano. Dentro de una situación constantemente cambiante, creada por la técnica avanzada, tratamos de conseguir un progreso específicamente humano por medios que son de naturaleza técnica —particularmente políticos y de educación.— Los políticos se refieren a la organización de las relaciones jurídicas y económicas dentro de una sociedad determinada y entre esta sociedad y las otras sociedades. La educación no es tan sólo vocacional; anima al individuo a reconciliarse consigo mismo, con la sociedad, con la naturaleza de la cual él y su sociedad forman parte y con el inmanente y trascendental espíritu dentro del cual la naturaleza existe.

La diferencia entre un buen arreglo económico-político y uno malo, es simplemente ésta: el buen arreglo reduce el número de tentaciones peligrosas a las cuales tanto individuos como grupos están expuestos a sucumbir, mientras que un mal arreglo multiplica estas tentaciones. Así, una dictadura, por muy benévolas que sean sus intenciones, es siempre mala, porque tienta a una minoría a satisfacer su deseo de poder mientras se obliga a la mayoría a actuar como irresponsable y servil recipiendaria de las órdenes emanadas de lo alto. Si quisiéramos apreciar el valor de una institución ideal existente, ya fuera ella económica, política o eclesiástica, deberíamos comenzar por hacernos la misma sencilla interrogación. ¿Qué tentaciones nos ofrece o nos crea probablemente? ¿Y de qué tentaciones nos separa o nos libra, probablemente? Si fuerte e insistentemente tienta a los individuos y a los grupos a satisfacer pasiones tan mortales como el orgullo, la codicia, la crueldad y el deseo de poder, si obliga a secciones enteras del pueblo a actuar con hipocresía, servilismo, e irrazonablemente, entonces según las apariencias diremos que la institución en cuestión es indeseable. Si por el contrario, presenta pocas oportunidades para el abuso del poder, si no ofrece premio a la avaricia, si establece que la crueldad y el orgullo no serán perdonados con facilidad, si invita no a una obediencia ciega, sino

inteligente, y a una cooperación responsable, entonces, según las apariencias, el veredicto podría ser favorable.

Hasta ahora la gran mayoría de las revoluciones políticas y económicas no han alcanzado los buenos resultados que prometieron. Han hecho a un lado instituciones que se habían hecho intolerables porque fueron invitados grupos e individuos a sucumbir en tentaciones peligrosas. Pero las nuevas instituciones revolucionarias han llevado a otros individuos y grupos a soportar tentaciones que si no son idénticas a las viejas, no son menos peligrosas. Por ejemplo, se abusará del poder, tanto si éste es ejercido por gentes poderosas en virtud de sus riquezas como si lo es por políticos y administradores, en virtud de su posición en la jerarquía gubernamental o en la eclesiástica.

La mayoría de los cambios políticos se opera, ante todo, con miras al interés de un individuo, partido o clase. Pero un deseo más o menos sincero de alcanzar un progreso específicamente humano, es a menudo el motivo secundario. ¿Hasta dónde pueden tales cambios producir lo que se espera de ellos? ¿Hasta qué punto puede conseguirse un avance continuo en materia de felicidad, de bondad, de potencialidad creadora, por medio de una ley? De la potencialidad creadora en su más alto nivel sería necio hablar. Por qué durante un período dado aparecen en número apreciable hombres de genio, y por qué otros períodos se ven privados de ellos, es cosa que permanecerá en el misterio. Es diferente, sin embargo, lo que sucede con la potencialidad creadora en un nivel inferior. Es decir, en las artes y oficios de la vida común. Es obvio que en una sociedad en la que todas las necesidades domésticas son suplidas por máquinas en fábricas estrictamente organizadas, las artes y oficios no florecerán. La conveniencia de la producción en masa, es compensada con una disminución del poder creador en el nivel popular inferior.

La bondad y la felicidad son notoriamente difíciles de medir. Todo lo que puede decirse es que dando ciertas garantías políticas y económicas, muchos atractivos del mal y muchas razones de miseria pueden ser eliminados. Así, una policía eficiente puede disminuir las tentaciones hacia el crimen y la violencia, y un arreglo equitativo en la distribución de los alimentos puede disminuir las miserias ocasionadas por el hambre. Además, un gobierno paternal puede, por medio de una legislación adecuada, disminuir las miserias ocasionadas por las periódicas épocas de desempleo. Desgraciadamente la seguridad económica en una so-

ciudad industrializada ha sido conseguida, por lo menos hasta ahora, a expensas de la libertad personal. Las miserias de la pobreza y la inquietud han sido pagadas por la miseria de la dependencia que en algunos países ha degenerado en servidumbre. Este es un mundo en el cual nadie puede conseguir algo por nada. Las ventajas en un campo se compensan con las desventajas en otro. El destino sólo vende, nunca da. Todo lo que nosotros podemos hacer es tratar de firmar el mejor pacto posible con él y si escogemos usar de nuestra inteligencia y buena voluntad en vez de nuestra baja astucia y de nuestro deseo de poder, podremos hacer arreglos políticos que eliminarán muchas tentaciones peligrosas hacia el mal y muchas causas de miseria sin crear en el transcurso del proceso nuevas dificultades no menos intolerables que aquellas de las que escapamos.

Además, debemos recordar que la remoción por métodos políticos de ciertas peligrosas tentaciones y de ciertas razones de miseria no es en sí misma una garantía de avance en la consecución de la bondad y de la felicidad. Aún bajo las actuales dispensas políticas y económicas, hay una minoría de personas cuya vida es próspera, segura y carente de dificultades. Y todavía dentro de estos pocos afortunados, ¡cuántos son profundamente desgraciados, y cuántos son activa o pasivamente malvados! Dentro de extensos límites la bondad y la felicidad están casi totalmente independizadas de las circunstancias externas. La verdad es que un niño hambriento no puede ser feliz y que un niño nacido y criado entre criminales es incapaz de ser bueno. Pero estos son casos extremos. La gran masa del pueblo vive en una región media yacente entre los extremos de la santidad y la depravación, de la riqueza y de la carencia de todo bien. Con tal que ellos permanezcan dentro de esta región media de la experiencia, los individuos pueden sufrir considerables cambios de fortuna sin sufrir los correspondientes en dirección al vicio o a la virtud, a la felicidad o la miseria. La vida privada está considerablemente separada de la vida pública y aun, en cierto grado, de las circunstancias privadas. Ciertas clases de felicidad y aun cierto género de bondad, son los frutos de la constitución y del temperamento. Hay hombres y mujeres de los cuales puede decirse, como se ha dicho, por ejemplo, de San Buenaventura, que “han nacido sin pecado original”. Hay niños que congénitamente carecen de egoísmo y de personalidad como aquel *Pippo buono*, que debía llegar a ser San Felipe Nery. Y para estar de acuerdo con esta

virtud de nacimiento, existe una especie de gozo gratuito, de beatitud carente de causa.

Four ducks on a pond,  
a grass-bank beyond.  
a blue sky in spring,  
white clouds on the wing;  
what a little thing  
to remember with tears—  
to remember for years!

Tal es la bagatela de la cual se compone buena parte de nuestra felicidad, siendo la misma en todos los períodos y pudiendo hallarse en toda conjunción de circunstancias públicas o privadas. La felicidad, con orígenes de esta índole, no puede ser aumentada o disminuída por una medida legal y ni siquiera por nuestros propios actos, o los de aquellas personas con las cuales tenemos contacto. La felicidad depende de nuestra propia innata sensibilidad para recrear ciertos elementos inmutables en el orden de la naturaleza.

Esta sensibilidad depende, hasta cierto punto, de la edad y de la constitución del individuo. Un adolescente, deslumbrado ante la belleza del mundo que contempla por primera vez, es feliz, con una trémula intensidad, que no podrá nunca readquirir en los años de la madurez y esto nos lleva a un punto muy importante, cual es el de que la vida de un hombre no es de naturaleza progresiva, sino que alcanza una cima, continúa por un tiempo en el plano de la madurez y luégo declina a través de la senectud, hacia la decrepitud y la muerte. Las literaturas de todo el mundo abundan en lamentos acerca de la inevitable pérdida de la felicidad juvenil. Para un hombre viejo que ha sobrevivido a sus contemporáneos y que declina su vida en una segunda infancia, es un absurdo hablarle de la marcha del progreso humano. En su propia persona experimenta sólo lo opuesto de un avance ya hacia un mayor control sobre el medio o hacia una mayor felicidad, bondad o capacidad creadora. Y en cualquier período dado, por muy grande que parezca su progreso a los historiadores futuros, más o menos la tercera parte de los individuos entonces vivientes experimentará el retroceso biológico y humano que acompaña a la senectud. La vejez bajo Pericles o bajo Lorenzo el Magnífico, fue igualmente triste y antiprogresiva como lo fue bajo Abdul-Hamid o Chilperico. Lo cierto es que los viejos están en una posición que los habilita para mantener el progreso hacia la bondad,

sólo porque en los últimos años de la vida muchos de los vicios han perdido su atractivo. Pero es muy difícil para ellos mantener el progreso hacia la felicidad y la capacidad creadora. Si el progreso humano, específicamente considerado, se mantiene a través de un período largo, esto debe ocurrir por medio de la lógica sucesión de individuos jóvenes y maduros cuyas propias vidas están todavía en una fase progresiva.

Los historiadores, al describir ciertas épocas como progresivas, se molestan en decirnos quién es el que precisamente experimenta el progreso en cuestión, y no se preocupan acerca de cómo se ha notado este progreso. Por ejemplo, todos los historiadores modernos están acordes en afirmar que el siglo XIII fue un período progresista. Y sin embargo, los moralistas que realmente vivían durante el siglo XIII, se encontraron unánimes al lamentar la decadencia de sus tiempos. Y cuando nosotros leemos documentos tales como la Crónica de Salimbene, vacilamos acerca de las conclusiones exactas que podamos obtener, en relación con el progreso, de la santidad de San Francisco de Asís, de la arquitectura de las catedrales góticas y de la poesía del Dante, que no son cosas aplicables a la brutal y totalmente degenerada vida que entonces llevaba la gran masa del pueblo. Si esa época fue verdaderamente progresiva, ¿quién experimentó el progreso?... ¿Y si en ese tiempo la gente no sentía los efectos del progreso biológico y humano, se justifica hablar de esta época como progresiva? ¿Una época es verdaderamente progresiva tan sólo porque los historiadores del futuro usan medidas de su propia invención para considerarla como tal?

En la larga historia de los cambios evolutivos, el progreso biológico ha sido limitado a las más altas capas de la vida vegetal y animal. Análogamente es posible que el específico progreso humano sea privilegio de seres excepcionalmente afortunados y maravillosamente dotados. Así, mientras el drama, durante la época isabelina, progresó desde Kyd hasta Shakespeare, gran número de campesinos desposeídos sufría por una extrema falta de nutrición y la frecuencia del raquitismo y el escorbuto aumentó terriblemente. En otras palabras, hubo un progreso humano, para unos pocos, en ciertos terrenos, pero en otros, entre el de los muchos desamparados, existía un retroceso biológico y humano. Y sin embargo, todavía se considera hoy a la época isabelina como progresista.

La experiencia del progreso técnico, y aun humano, es en raras ocasiones continua y durable. Los seres humanos tienen una enorme capacidad para aceptar las condiciones de vida sin examinarlas. En unos pocos meses, aun en unos pocos días, el artificio recientemente inventado, el nuevo privilegio económico o político, viene a ser considerado como parte integrante de un orden de cosas existente. Cuando se cree haber alcanzado el más alto cielo raso, éste se convierte en un suelo común. No podemos pasar nuestro tiempo comparando la presente felicidad con la pasada miseria; más bien lo aceptamos como algo a lo que tenemos derecho y nos sentimos amargamente resentidos, si aun temporalmente somos privados de él. Siendo nuestras mentes tal cual ellas son, no experimentamos un progreso continuo, sino tan sólo en intervalos, durante las primeras fases de cualquier nuevo avance.

De la política como medio del progreso humano, pasaremos ahora a la educación. El sujeto es casi ilimitado, pero afortunadamente en este particular tan sólo un aspecto es aplicable. En primer lugar el individuo no está sometido tan sólo al temperamento o a los accidentes de fortuna. La felicidad, la bondad y la capacidad creadora son productos de la personal filosofía de la vida y depende de lo que se nos ha enseñado por nuestros padres, por nuestros maestros de escuela, por los libros y periódicos leídos, por las tradiciones formuladas o tácitas, por las organizaciones económicas, políticas o eclesiásticas a las cuales pertenecemos. Si debe lograrse un genuino progreso humano, la felicidad, la bondad y la capacidad creadora deben ser mantenidas por los individuos de sucesivas generaciones, a través de todos los instantes de la vida de personas que por naturaleza son poco progresivas, y en circunstancias que a menudo tienen que ser francamente desfavorables. De las bases filosóficas de la vida que pueden ser impuestas a un individuo o que él mismo adopta, algunas son favorables al mantenimiento de la felicidad, de la bondad y de la capacidad creadora, siendo otras manifiestamente inadecuadas.

El hedonismo, por ejemplo, es una filosofía poco adecuada. Nuestra propia naturaleza y el mundo son tales, que si hacemos de la felicidad nuestra meta no la conseguiremos nunca. La filosofía implícita en los anuncios modernos (que son el origen del cual millones de gentes derivan ahora su *weltanschauung*), es una forma especial del hedonismo.

Los anunciantes nos enseñan que la felicidad es en sí misma un fin; y que no hay felicidad, exceptuando aquella que nos llega de fuera, como la producida al conseguir los productos de la técnica avanzada. Así, el hedonismo se enlaza con el credo del siglo XIX, es decir, que el progreso técnico es necesariamente correlativo con el progreso humano.

Si las medias de rayón han hecho la felicidad de muchas mujeres, cuánto mayor felicidad podrán adquirir con las de nylon que son el producto de una técnica mucho más avanzada. Desgraciadamente, la mente humana no funciona de esta manera, y como consecuencia, aquellos que consciente o inconscientemente aceptan la filosofía moderna expuesta por los anunciantes, apenas pueden guardar la felicidad, con mucho menor razón podrán tener la bondad y la capacidad creadora.

Más adecuadas son aquellas filosofías políticas que para millones de nuestros contemporáneos han tomado el lugar ocupado antes por las religiones tradicionales. En estas filosofías políticas, un intenso nacionalismo se combina con una teoría del Estado y con un sistema económico. Aquellos que aceptan estas filosofías, ya sea por su propia libre voluntad, o ya porque desde la infancia están sometidos a la implacable propaganda, se sienten en muchos casos inspirados a dedicar su vida a lo nacional y a su causa ideológica. Así han logrado mantener y conseguir una especie de bondad y un determinado género de felicidad. Desgraciadamente una alta moral personal está a menudo asociada con la más atroz perversidad pública, porque la nación y el partido son deidades en cuyo servicio se justifican al adorador todas las cosas, aun las más abominables, si ellas significan un avance para la sagrada causa. Y aun la felicidad derivada del servicio a una causa grande será probablemente precaria en estos casos, porque en donde malos medios se usan para conseguir un fin digno y justo, no se alcanza nunca el bien originalmente propuesto sino una meta que es la lógica e inevitable consecuencia del uso de malos medios. Por esta razón la felicidad que viene de la propia y fervorosa dedicación a estas causas políticas, está siempre disminuída por el disgusto de fallar continuamente en la realización de un grande ideal.

En las religiones devotas, tales como ciertas formas del cristianismo, del budismo, y de las religiones hindúes, la causa a la cual los adoradores se dedican, es sobrenatural y la total realización de su ideal no está *en este mundo*. Como consecuencia, los

adictos tienen una mejor oportunidad de mantener la felicidad, y, excepto cuando sectas rivales luchan por el poder, están mucho menos expuestos a la inmoralidad pública que lo que lo están los devotos de las religiones políticas.

El estoicismo antecedió a los estoicos y le ha sobrevivido. Este es el nombre que se da a los hombres que tratan de conseguir la independencia y el control sobre el medio, por medios psicológicos, mejor que por selecciones o mutaciones o, en el nivel humano, por una técnica cada vez más efectiva. Debido al hecho de que esto depende principalmente de una voluntad superficial y porque en todo caso, aun bien entrenada, la voluntad superficial no presenta una lucha digna de las circunstancias, el estoico, por sí solo, no ha realizado nunca totalmente su ideal de felicidad en independencia y de bondad en voluntario aislamiento.

Las aspiraciones del estoicismo están totalmente conseguidas no por los estoicos, sino por aquellos que por la devoción o por la contemplación han llegado por sí mismos a la *Gracia*, al *Logos*, al *Tao*, al *Atman-Brahman*, a la *Secreta Luz*. El específico progreso humano en felicidad, bondad y capacidad creadora y el equivalente psicológico del progreso biológico en control e independencia, son conseguidos en una forma más completa con la persecución del final del hombre. La aspiración a la realización de lo eterno nos otorga la capacidad de hacer lo mejor —y lo mejor es un progreso continuo— de nuestra vida en el tiempo.